

Los escritos estéticos de Ignacio Ellacuría

La reciente publicación del primer volumen de los *Escritos Filosóficos* de Ignacio Ellacuría (San Salvador: UCA Editores, 1996) pone a disposición del público lector una serie de trabajos hasta ahora inéditos o dispersos. Al enfrentar los escritos allí reunidos se devela una faceta de Ellacuría hasta ahora quizá ignorada: la preocupación por la reflexión estética. Si bien esa preocupación ocupa una porción visiblemente marginal dentro de la extensa producción intelectual de madurez de Ellacuría, su interés en esta dimensión del quehacer filosófico durante sus años de iniciación no debe tomarse a la ligera.

Quienes conocieron personalmente a Ignacio Ellacuría dan testimonio de su manifiesto interés por la actividad artística y, sobre todo, de su convicción de que esta era una dimensión humanizadora de gran potencial. De hecho, durante su gestión como rector de la UCA dio su más decidido apoyo a la actividad de rescate de la literatura nacional iniciada por Italo López Vallecillos a través de UCA Editores. Asimismo, fue un entusiasta partidario de la carrera de Letras, de revistas como *ABRA* y *Taller de Letras* y de auspiciar actividades artísticas y literarias. Todo ello —no es ocioso recordarlo— en medio de las colosales adversidades —políticas y financieras— que la institución debía afrontar por aquellos duros años.

Pero, además de este aspecto de su vida como hombre y como promotor de la cultura, el primer volumen de los *Escritos Filosóficos* nos muestra la atención que acapararon las cuestiones estéticas en un período importante de la vida de Ellacuría como filósofo e intelectual. En total, los escritos propiamente estéticos suman siete. Estos trabajos,

que hoy se reeditan o se publican por primera vez, fueron redactados entre los años de 1955 y 1963, durante el período más intenso de su formación.

El interés por la reflexión estética evidencia la honda influencia del padre Angel Martínez Baigorri, S.J. (1899-1971) a quien Ellacuría conoció durante su estancia en Ecuador, cuando realizó sus estudios de humanidades clásicas y filosofía en la Universidad Católica de Quito, entre 1949 y 1955. En este período, asistió a unos cursos de estética dictados por aquel sacerdote, de cuya calidad humana y sólida formación filosófico-teológica quedó profundamente impresionado. Angel Martínez Baigorri unía a estas cualidades el ejercicio riguroso y depurado de la poesía. Ciertamente, era un lírico de primer orden, autor de poemarios de gran finura como *Un Angel en el país del Aguila* o *Río hasta el fin* y líder reconocido de las destacadas voces literarias de Nicaragua, donde había transcurrido buena parte de su carrera docente y sacerdotal.

Ellacuría no oculta su admiración por la figura de su maestro en un manuscrito inédito y sin título, que la edición de *Escritos Filosóficos* publica bajo el acápite “[Angel Martínez Baigorri, S.J.]” (pp. 117-125) así como en una serie de emotivas cartas que aparecen bajo la entrada de “Correspondencia con Angel Martínez” (pp. 197-213). En el primer texto realiza un retrato del maestro donde afirma que “juntaba en sí la visión del poeta, del filósofo y del teólogo, del ascético y el místico en plena fusión de vida” (p. 118). El padre Martínez afirmaba con su testimonio vital la estrecha hermandad entre filosofía, teología y poesía. Crucial en todo esto es la centralidad de la palabra como

instrumento de verdad y como creadora de vida:

Poeta es el realizador de la palabra. Y, por eso, los santos son los supremos poetas: ellos vivificaron, realizaron en su vida la palabra más alta —la que nos transmitió Jesús—, la Palabra que se había ella también realizado en la carne: ya no vivían ellos, vivían a Jesús y de Jesús vivían (p. 119).

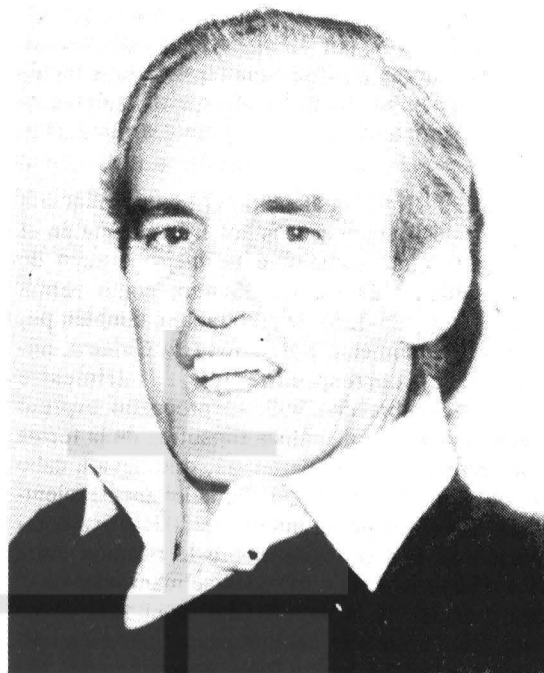
Martínez mostró a Ellacuría que el filosofar y la actividad poética tienen un mismo objeto. Y siendo la divinidad la realidad última de ambas, ninguna de ellas puede escapar de la dimensión religiosa:

Que esto ya no es poesía, que esto es teología o filosofía... Pero ¿por qué partiremos las cosas que tienen un ser rico precisamente por ser tan unas? Todo es vida, todo es vestigio de Dios, todo es camino para Él, todo es canto de su gloria que arranca del alma un canto único que es filosofía, teología, estética, la vida que Dios nos da (p. 120).

De hecho, la dimensión religiosa de la poesía, aun entre aquellos poetas confesadamente ateos, será un preocupación que Ellacuría recogerá más tarde en un hermoso ensayo inédito de 1963 titulado "Religiosidad pluriforme: Carducci, Maragall, Rilke" (pp. 535-541), donde manifiesta:

Acercarse por la verdadera poesía al ámbito religioso es una vía extraordinariamente fecunda, aun en el caso en que ni el objeto ni la objetivación de esa poesía tengan aparentemente poco que ver con lo religioso, o aun en el caso —también posible— de que la religiosidad del tema haya quedado intocada por el poeta. Podrá discutirse si toda auténtica poesía tiene que ser de algún modo religiosa, pero de todos modos tal idea es una fructífera hipótesis de trabajo no injustificada. En efecto, ser capaz de una intensa vivencia personal y ser capaz de una radical profundización del objeto de esa vivencia son dos condiciones ineludibles de la auténtica poesía plenaria. Pero, al mismo tiempo, sitúan, cuando presentes, al poeta en el ámbito de lo religioso, por lo que toca a la experiencia total del hombre como lugar subjetivo de la religiosidad, y por lo que toca a la plenitud del objeto manifestado en su radicalidad (pp. 535-536)

Este trabajo, además de aportar ideas inspira-



das en el padre Angel sobre la vinculación entre la experiencia religiosa y la experiencia poética pone en evidencia la familiaridad del autor con estas tres figuras cimeras de la lírica de nuestro siglo.

Sin embargo, el mayor tributo de Ignacio Ellacuría hacia el padre Angel lo constituye el ensayo "Angel Martínez, poeta esencial" (pp. 127-195), denso y extenso trabajo publicado originalmente en El Salvador por la revista *Cultura* en su número 14, correspondiente al semestre julio-diciembre de 1958. Pese al título, este ensayo puede leerse no sólo como una introducción a la obra del poeta sacerdote sino como una reflexión sobre la esencia misma de la lírica. Según Ellacuría, la poesía del padre Angel encarna lo más auténtico y fundamental de la expresión lírica. Estamos ante un poeta que es profundo y, por tanto, moderno. La profundidad del poeta radica pues en que este "no busca sino la mayor plenitud de vida poseída en sí misma para hacerla comunicación y palabra mientras procura ahondar en el ser y la vida de las cosas para captarlas ya en forma de palabra, de poesía en la que se nos ofrece la vida luminosa de los seres" (p. 143). De allí que la poesía profunda deba ser simultáneamente moderna, no porque siga los dictados de una moda impuesta externamente sino "por la autenticidad con que afronta

los temas capitales y dolorosos del hombre en nuestro tiempo y por la sinceridad con que se aprovecha de las purificaciones estéticas y técnicas que el arte moderno ha ido ganando desde el final del romanticismo hasta nuestros días" (pp. 152-153).

El privilegio de la atención crítica de Ellacuría hacia la poesía lírica se trasluce nuevamente en el que seguramente constituye su mejor ensayo de tema estético: "*El Doctor Zivago*, como forma poética" (pp. 305-328). Dicho trabajo, también publicado originalmente por la *Revista Cultura*, número 17, correspondiente al trimestre octubre-diciembre de 1959. El propósito expreso de este trabajo es un análisis filosófico de la forma de la novela de Boris Pasternak, que lleva a cabo con un rigor y coherencia verdaderamente ejemplares. Sin embargo, el interés verdadero acaba recayendo en una reflexión sobre la relación entre lírica e historia. Esta dimensión se manifiesta en el tema esencial de la novela cual es la vida de un poeta lírico en medio del huracán de cambios desatados por la Revolución Rusa. Pero este tema tiene consecuencias a nivel de la forma novelesca propiamente dicha, a saber la tensión entre el buceo en la interioridad del protagonista y la representación del escenario socio-histórico.

Es importante mencionar que la reflexión estética de Ellacuría no sólo abarca cuestiones teóricas ni atiende exclusivamente a la poesía lírica. En un par de ocasiones, Ellacuría asume el papel de crítico cinematográfico, reconociendo así la importancia de las manifestaciones culturales de difusión masiva. Esto lo encontramos en "*Marcelino, Pan y Vino*" (pp. 109-114), comentario publicado originalmente en *ECA*, en el número 27, correspondiente a 1957, y un singular documento aparentemente inédito, la "Carta abierta al autor de *Viridiana*" (pp. 519-523), fechada en Londres el 20 de agosto de 1962. En ambos trabajos, la preocupación del autor es la representación artística de la dimensión religiosa. El corrosivo anticlericalismo y el radical rechazo del cristianismo por parte del cineasta Luis Buñuel provoca, por cierto, una reacción bastante airada por parte del joven Ellacuría, que se puede constatar en la conclusión de dicho documento:

Mirada así su película, no me parece destructiva o negativa, sino revulsiva. Es verdad que Vd. está irritado y que su lenguaje filmico es, a veces, vociferante y blasfemo. Pero, en el fon-

do, le está punzando, doliendo, lo religioso. Y siempre me han parecido más honestos, más vigorosos y profundos, los antirreligiosos que los arreligiosos. ¿Será Vd. capaz de seguir buscando honradamente, dolorosamente, la verdad religiosa tras las apariencias crucificantes? (p. 523)

Por razones de orden editorial, este primer volumen de *Escritos Filosóficos* ha excluido otro trabajo de tema estético digno de consideración. Se trata de "Poesía de aquí y ahora" publicado como prólogo al poemario *Oráculos para mi Raza* (San Salvador: UCA Editores, 1985) de Rafael Rodríguez Díaz. Pese a su brevedad, este trabajo es de gran importancia para comprender el pensamiento estético de Ellacuría. Por un lado, se constata la permanencia de su interés por la actividad artística y, en particular, por la lírica, al abrir con las siguientes palabras: "Pocas cosas tan necesarias en El Salvador como la poesía. Estamos tan atrapados por la materialidad de la existencia cotidiana y por la unilateralidad de la dimensión político-militar, por la urgencia de la acción efectiva, que se va reduciendo nuestro ser y se va deshumanizando la condición nacional como forma particularizada de la condición humana. La poesía, como otras acciones del espíritu, tiene mucho que hacer para ampliar nuestro horizonte, para mejorar y ahondar nuestra humanidad y también para avizorar futuros utópicos" (p. 7). Pero seguramente un elemento de importancia aún más capital es la introducción de la noción de 'razón poética'. La poesía, pues, puede ayudarnos a comprender lo que "en realidad de verdad" está pasando en el país, porque nos puede hacer tocar fondo en la cuestión nacional. Porque existe de hecho una verdad poética: "no tanto poseemos la verdad sino que somos poseídos por ella, decía Zubiri, lo cual es especialmente aplicable a la verdad poética" (p. 8).

Contrario a la tradición romántica más ortodoxa que concibe a la poesía como el otro de la razón, la actividad poética es propuesta aquí como el ejercicio de una modalidad específica de racionalidad: "Tocar fondo es cuestión de razón, pero no hay una sola forma de razón. Al fondo se puede ir de muchas formas y una de ellas, no la menos eficaz, es la razón poética" (p. 7). Para después de añadir que la verdad poética "no es sólo un ejercicio de razón teórica —interpretativa y contemplativa— sino también un ejercicio de ra-

zón práctica orientada a la transformación que es el ideal de todo uso de razón” (p. 8).

Testimonios de personas allegadas al padre Ellacuría manifiestan que, en sus últimos años de vida, lamentaba no haber tenido suficiente tiempo de retomar las preocupaciones estéticas de su juventud para desarrollarlas a la luz la filosofía de Xavier Zubiri. La invitación que nos hacen estos escritos ahora rescatados no es tanto pues la de inventarse, por pura conveniencia academicista, una supuesta estética ellacuriana, la cual evidentemente no existe, sino la de retomar algunas de sus

ideas e intuiciones para someterlas al correspondiente esfuerzo de reflexión teórica en diálogo con las grandes tradiciones estéticas modernas y contemporáneas. Entre estas ideas las más interesantes son sin duda la de la profunda hermandad entre la experiencia religiosa y la experiencia poética, así como la noción de razón poética. He aquí otra de las tareas pendientes que nos han sido transmitadas por Ignacio Ellacuría, filósofo salvadoreño.

Ricardo Roque Baldovinos

